

A las frondosas ramas, arrancaron.
 También á los difuntos
 Atañe una porción de los honores
 Que el rito á los vivientes asegura;
 Ni les oculta el polvo
 La gloria de su noble descendencia.
 ¡Oh Fama, de Mercurio
 Hija querida! A los Elíseos campos
 Rápida vuela, y á Itión anuncia
 La fausta nueva; los solemnes triunfos
 El refiera á Calímaco, que Jove
 En la Olímpica arena
 A su ilustre familia ha concedido.
 ¡Que bienes sobre bienes acumule
 Sobre ella su bondad, y las agudas
 Enfermedades, del umbral aparte
 De Alcimedonte y de su hermano tierno!
 Jamás su providencia
 A Némesis permita vengadora
 La dicha perturbar que los circunda.
 Una vida feliz, libre de males
 Les conceda hasta el fin, y altos honores
 Vierta sobre ellos y su dulce patria.

ODA NOVENA.

Á EFAR MOSTO DE OPUNTE,
 LUCHADOR.

Bastante ha resonado
 De Arquíloco la triple melodía,
 Cuando al Cronio collado
 A Efarmosto la pompa conducía,
 Repitiendo constante
 Siempre la misma aclamación triunfante.

Mil flechas, de la aljaba
 Saca de tus hermanas, y su punta
 Primero en Jove clava;
 Al promontorio de Elis luégo apunta,
 (Dote de Hipodamía
 Que Pélope ganara) ¡oh Musa mía!

A Pitona certero
 Otro dardo raudísimo dispara.
 Con cántico rastrero
 No has de alabar á Opunte la preclara,
 Hoy que á mi dulce lira
 Del hijo y de la madre el nombre inspira.

¡Temis! En ella imperas
 Con Eunomia, tu prole salvadora.
 Con flores las riberas
 Del Alfeo, y Castalia bullidora
 Ciñen la sien corteses
 De la madre feraz de los Locreses.

De la ciudad querida
 Anunciarán doquiera mis cantares
 La fama esclarecida.
 Más que velera nave por los mares,
 Más que corcel de guerra
 Volarán presurosos por la tierra,

Si con divino acierto
 Las seductoras Gracias me conceden
 Labar su dulce huerto.
 En delicias bañar, sólo ellas pueden;
 Y valor y prudencia
 De los Númenes da la omnipotencia.

¿Sin ellos, cómo pudo
 Hércules, del Tridente, con la clava
 Vencer el golpe rudo

Cuando Neptuno en Pilos lo asaltaba?
 ¿Ni cómo pudo él solo
 Al arco de oro resistir de Apolo?

¿Ni cómo, de otra suerte
 La vara de Plutón dejó su presa
 Arrancar á la muerte?
 El tema es peligroso; ¡oh lengua! cesa,
 Que ni se jacta el sabio,
 Ni hace á los Dioses, murmurando, agravio.

¿Por qué, Musa, no callas?
 No mezcles á los Númenes supremos
 En guerras y batallas.
 De Protogenia la ciudad cantemos,
 Habitación primera
 Que á Pirra y Deucalión Júpiter diera.

Bajaron del Parnaso,
 Y de las piedras, sin nupciales ritos,
 (¡Oh peregrino caso!)
 Brotar hicieron pueblos infinitos.
 Duro su nombre suena,
 Según su origen, en la lengua Helena.

A la raza sagrada
 Abre ¡oh Musa! poético camino.
 Al paladar agrada
 El cáliz en que hierve añejo vino;
 Pero líricas flores
 Mientras más nuevas son, suenan mejores.

Esta tierra fecunda
 (Según narra la historia) de repente
 Diluvio atroz inunda;
 Mas el arte de Jove omnipotente
 Al instante produjo
 En las aguas benéfico reflujo.

Famosos desde entonces
 Fueron vuestros abuelos, distinguidos
 Por su escudo de bronce;
 Reyes siempre en su patria, descendidos
 De Japeto, y la dama
 Que á la progenie de Saturno inflama.

En la Menalia altura,
 De Opunte-Deucalión á la hija hermosa
 Amor celeste jura
 El alto Rey de Olimpo; que á la fosa
 No deja su clemencia
 Al buen Locro bajar sin descendencia.

De su consorte el hijo
 (Divino germen), al marido anciano
 Llena de regocijo;
 Y de su abuelo el nombre soberano
 Lega al joven glorioso,
 En valor y belleza prodigioso.

Le cede la corona
 De su ciudad y pueblo; y tales nuevas
 La fama de él pregona,

Que naturales de Argos y de Tebas,
 Y Arcades y Pisanos
 Vienen á ser regidos por sus manos.

Con singular aprecio
 Honra entre tanta gente peregrina
 El monarca, á Menecio
 (Hijo de Actor y de la bella Egina)
 Cuyo vástago al llano
 Vino, con los Atridas, de Teutrano.

Él sólo, con Aquiles,
 Cuando Telefo derrotó del Griego
 A las turbas hostiles,
 Sostuvo heroico el enemigo fuego,
 En tanto que á las popas
 De las naos fugábanse las tropas.

Desde entonces el mundo
 Admira de Patroclo la bravura,
 Y el hijo rubicundo
 De la alma Tetis, á su amigo jura
 No salir á batalla
 Si su lanza inmortal con él no se halla.

¿Cuándo será que al cielo
 Remontarme atrevido yo consiga,
 Y con osado vuelo
 De las Musas girar en la cuadriga?
 ¡Oh! ¡Quién diera á mi canto
 Nuevos arranques hoy y nuevo encanto!

De la amistad la diestra
 Los ricos lauros á ensalzar me guía,
 Que la Ístmica palestra
 Viera resplandecer en solo un día,
 De Lamprómaco ardiente
 Y del varón que canto, en la alma frente.

A Efarmosto, Corinto
 En sus puertas donó doble presea;
 Y, en su feraz recinto,
 Otras el valle umbroso de Nemea:
 En Argos sus laureles
 A adultos quita; en Atica á donceles.

¡Ved cómo lo arrebató
 En Maratona prematuro arrojo;
 Y las copas de plata,
 Burlando agudo del maestro el ojo,
 Disputa triunfante
 A robusto varón el tierno infante!

Ningún Atleta gira
 Como él, sin tropezar, sobre la arena:
 La multitud lo mira,
 Y aplauso universal súbito suena.
 ¿A quién la faz no encanta
 De tan bello garzón, y hazaña tanta?

Como lucero brilla
 En las fiestas de Júpiter Liceo
 De la Parrasia villa;

Y de Pelene lleva por trofeo,
 Contra la nieve cana,
 La rica estola de caliente lana.

Testigo de sus glorias
 Se eleva de Yolao el monumento;
 Y narra sus victorias
 Eléusis, que del mar refresca el viento.
 Prenda que da Natura
 Con resplandores sin igual fulgura.

De la fama á la cumbre
 De mortales en vano se encamina
 Inmensa muchedumbre,
 Con sólo la adquirida disciplina.
 Lo que no manda el cielo
 Oculta pronto del silencio el velo.

Quién presuroso vuela,
 Y quién se arrastra con tardía planta;
 Lo que un mortal anhela
 A otro tal vez aterrador espanta.
 Difícil es la vía
 Que á la eminencia y los honores guía.

Con la última proeza,
 ¡Musa! las glorias del varón proclama.
 Fuerza, valor, destreza,
 El cielo bienhechor sobre él derrama.
 ¡Espléndido trofeo
 Lleva al altar del vástago de Oileo!

ODA DÉCIMA.

Á AGESIDAMO DE LOCRI,
PÚGIL.

¿Dó está, decidme, el vástago de Arquétrato,
El vencedor Olímpico valiente?
¿En qué rincón de mi cansada mente
Su nombre se ocultó?
Éché al olvido que le debo un cántico.
¡Verdad, hija de Jove, y tú, oh mi Musa!
Hallad, os ruego, á mi pecado excusa,
Que yo no miento, no.

Pasó tiempo ha de mi promesa la época,
Y de la deuda la vergüenza dura;
Mas de otro canto la crecida usura
Mi crimen lavará.

Ved el torrente que en su curso rápido
La piedrecilla con violencia traga:
Himno que al héroe y á su patria halaga
Nuevo favor me da.

Impera la Justicia en la República
De Locris, la Señora de Occidente,
A quien aman Calíope esplendente
Y Marte el lidiador.

Huyó ante Cicno, de Mavorte vástago,
El hijo robustísimo de Alcmena;
¿Qué mucho, si al principio vió la arena
Ceder al luchador?

Si al fin derriba á los soberbios púgiles
En la Olímpica lid Agesidamo,
Para Hilas, su maestro, yo reclamo
Honor y gratitud.

Así á Patroclo su victoria espléndida
Debió Pelides. Da fuerza infinita
La Providencia, al hombre á quien excita
Otro hombre á la virtud.

No espere nadie del triunfo el júbilo
Si á fuerza de sudores no lo gana:
Es el trabajo, de la vida humana
Clarísimo fanal.

La insigne lid honrar me manda Júpiter
Que Hércules victorioso instituyera,
Do de Pélope augusto se venera
El mármol sepulcral.

Frescos aún estaban los cadáveres
Del inocente Ctéato y de Eurito:
Por arrancar á Augías el prescrito
Precio, los inmoló.

Si de Hércules vencieron el ejército
En Élide los hijos de Moliona,
Después en los verjeles de Cleona
Su lazo él les tendió;

Y el Rey Epeo, engañador de huéspedes,
Su patria y su magnífica morada
Vió presto por el hierro devastada
Y el incendio voraz.

Sumergió su ciudad honda vorágine,
Que es loca empresa provocar al fuerte:
Después de la derrota, halló la muerte
Que fué á buscar audaz.

Todo el botín, y sus falanges inclitas
Condujo á Pisa el hijo del Tonante;
Y un bosquecillo consagró al instante
Al gran Progenitor.

Del sacro templo al derredor del ámbito
Marcó también la circular llanura,
Donde el banquete, tras la lucha dura,
Alegra al lidiador.

Al claro Alfeo entre los doce Númenes
Cedió un altar, de amor en testimonio;
Y á la vecina altura *Monte Cronio*
Piadoso apellidó.

En el reinado de Enomao, estériles
Rocas tan sólo y despobladas breñas
Era aquella región, en cuyas peñas
Nieve, no más, se vió.

En la inauguración de los certámenes
Las Parcas solas viéronse presentes,
Y el Tiempo, que atestigua á los ausentes
La sincera verdad.

Él con certeza declaró á los pósteros
Que sus despojos ofreciendo Alcides
Estableció las quinquenales lides
Y gran festividad.

¿Quién la corona, en el primer Olímpico
Certamen, supo merecer bizarro
Con pie, con manos ó veloce carro?
Piérides, decid.

El recto estadio vió la planta rápida
Vencer de Eono, jefe de Midea;
Gloria en la lucha conquistó á Tegea
Equemo el adalid.

Nadie en el pugilato al fuerte Dóriclo
Pudo vencer, á quien Tirinto abriga;
Semo de Mantinea, en la cuadriga
No conoció rival.

El disco lejos arrojó con ímpetu
(Aplaudiendo su ejército) el gallardo
Eniceo, y de Frástor voló el dardo
Derecho á la señal.

Era ya noche, y asomaba fúlgida
La faz hermosa de la luna llena:
Cantos y brindis la sagrada arena
Venían á alegrar.

Fieles custodios de los ritos prístinos,
Del Numen que concede la victoria
Y enciende los relámpagos, la gloria
Queremos hoy cantar.

Al dulce són de la argentina fístula
Adaptaré mi retardado canto,
Que de la clara Dirce al margen santo
Al fin ya modulé.

Más ama el rico al hijo primogénito
Que en la vejez le da su fiel esposa:
La muerte le será menos penosa
Si á su heredero ve.

Muy breve espira del placer el término
Para el atleta que feliz combate,
Si antes que al Orco baje, ínclito vate
No lo hiciere inmortal.

A tí de gloria eterna las Piérides
¡Agesidamo insigne! te coronan,
Y mi flauta y mi cítara te entonan
Un cántico triunfal.

De los Locreses la ciudad magnífica
Y de Arquéstrato al hijo victorioso,
Riego á la par con baño delicioso
De poética miel.

Libró del Orco á Ganimedes cándido
Más que Citeres, Juventud florida;
Y dió la primavera de la vida
El triunfo á mi doncel.

ODA UNDÉCIMA.

AL MISMO AGESIDAMO.

LA USURA.

Da vida á los hombres el soplo del viento;
Las lluvias celestes infúndenle aliento,
De nube divina progenie feliz.
Así al que consume difícil proeza,
Con himnos sonoros la cítara empieza
A dar nueva vida de gloria sin fin.
Son prendas seguras
De hazañas futuras,
Los cantos al pecho de ardor juvenil.

Del púgil robusto que Olimpia corona
Ajena á la envidia mi lengua pregona
Los bellos triunfos, en justo loor.

Sublime es el nombre y eterna la fama
 De aquel cuyo pecho benéfico inflama
 Con fuego sagrado de la Egida el Dios.
 Tus glorias proclamo
 ¡Gran Agesidamo,
 De Arquéstrato prole, sin par luchador!

La oliva dorada que ciñe tu frente
 Harán mis cantares más bella y fulgente,
 Y á Locris Zefiria renombre darán.
 Venid y conmigo formad ¡oh Camenas!
 Mil danzas alegres. No á incultas arenas
 Ni bárbaras tierras os quiero llevar.
 Son sabios, corteses
 Los buenos Locreses,
 Innato es su gusto y aspecto marcial.
 Así la vulpeja
 Su astucia no deja,
 Ni su índole fiera la tigre voraz.

ODA DUODÉCIMA.

Á ERGÓTELES DE HIMERA,
 VENCEDOR EN LA CARRERA LARGA.

¡Salvadora deidad, prole divina
 De Jove soberano, alma Fortuna!
 Oye mis ruegos y la frente inclina
 De Himera á la ciudad, de fuertes cuna.

En el piélago tú las naves riges;
 De tí depende la violenta guerra;
 Las sabias asambleas tú diriges
 Que leyes dictan á la muda tierra.

Giran en tanto, con errado vuelo,
 Humanas esperanzas é ilusiones,
 Ya rastreras tocando el bajo suelo,
 Ya del éter subiendo á las regiones.

Nunca de las edades venideras
El cielo concedió signo seguro:
Las tinieblas romper en vano esperas,
Triste mortal, del porvenir oscuro.

Mil veces contra próspero presagio
Repentino dolor turba el contento;
Y al que amenaza próximo naufragio
Viene á alegrar la calma en un momento.

¡Hijo de Filanor! Cual gallo altivo
Que al honroso palenque no se lanza
Y apenas puede en el corral nativo
Oscura muestra dar de su pujanza,

De tu paterno hogar así á la lumbre
Marchitado se habrían tus laureles,
Ni del honor llegara á la alta cumbre
Tú pie veloz, envidia de corceles,

Si á la isla do naciste, por ventura,
Popular sedición y riña fiera
No te arrancaran, y á la vida oscura,
¡Oh Ergóteles, sin par en la carrera!

Hoy te corona Olimpia; ya el ilustre
Istmo y Pitona ornáronte la frente;
Tu nueva patria te celebra, y lustre
Das de las Ninfas á la tibia fuente.

ODA DÉCIMOTERCIA.

Á JENOFONTE DE CORINTO,
CORREDOR EN EL ESTADIO,
VENCEDOR EN LA CARRERA Y EN LOS CINCO-JUEGOS.

Al ensalzar la casa, que en Olimpia
Tres coronas ganó; del peregrino
Asilo, y con el deudo complaciente,
De Corinto la fama clara y limpia
Canto también; vestíbulo divino
Del Istmico Monarca del Tridente,
Y cuna floreciente
De graciosas doncellas;
En donde Eunomia mora
Y sus hermanas bellas:
La Paz encantadora
Y la firme Justicia, que robusta
Los Estados sostiene.
Por ellas la riqueza al hombre viene
Y de Temis veraz son prole augusta.

Ellas de su pacífico recinto
 Alejan la Insolencia deslenguada,
 Madre de la Arrogancia. Ciento y ciento
 Cantilenas en honra de Corinto
 Quiere entonar mi cítara, impulsada
 Por mi genial justísimo ardimiento.
 ¿Su natural talento
 A quién ahogar es dado?
 ¡Hijos del noble Aleta!
 El lauro destinado
 Al vencedor atleta,
 Las Horas, ricas en preciosas flores
 Os dieron, y la llama
 Que vuestro corazón vívida inflama
 Y os hace de mil artes inventores.

Gloria al descubridor atrae su invento.
 La gran festividad de gracias llena
 Y el Báquico cantar que premia el toro !
 ¿Dónde nacieron? ¿dónde el instrumento
 Que al rápido corcel lanza y enfrena?
 ¿Quién á los templos añadió decoro
 Con las águilas de oro?
 En tus sagrados muros
 Musa gentil florece,
 Y sus perfumes puros
 A tus hijos ofrece,
 ¡Feliz Corinto! y á su lado Marte
 Pone en la fuerte diestra
 De tu fiel juventud, ya en la palestra,
 Ya en el sangriento campo, su estandarte.

¡Oh de Olimpia Señor, rey soberano:
 Escuchar no desdeñes mi contento
 Ahora ni nunca, oh Júpiter Tonante!
 Rige á este pueblo con benigna mano,
 Y á Jenofonte, el favorable viento
 De la prosperidad, manda constante.
 El himno que, triunfante
 En la Pisana arena,
 Te ofrece agradecido
 Según la ley ordena,
 Que recibas te pido.
 En la carrera alcanza la victoria,
 Luégo en las cinco-lides.
 ¿Quién entre los pasados adalides
 Se sublimó jamás á tanta gloria?

De las Ístmicas turbas á la vista
 Con dos guirnaldas de apio ornó su frente;
 Ni fué desfavorable el juez Nemeo.
 Mientras, su padre Tésalo conquista
 Verdes laureles (corredor valiente)
 En las orillas del sagrado Alfeo.
 Espléndido trofeo
 Un mismo sol le dona
 En la carrera doble
 Y el estadio, en Pitona;
 Y un mismo mes, su noble
 Cabeza en los certámenes de Atenas
 Ciñó triple guirnalda,
 Y otras siete coronas de esmeralda
 Obtuvo en las Helótides arenas.

En los marinos juegos de Neptuno
 El ínclito varón, y Teodoro,
 Su valeroso padre, altos honores
 Y elogios alcanzaron cual ninguno.
 ¡En Delfos cuánta prez! ¡cuánto decoro
 Del bosque del león entre las flores,
 Os dieron los sudores!
 A los varones claros
 Que ostentan noble brío
 Y fuerzas, á igualaros
 En glorias desafío.
 Yo, ni vuestras hazañas, ni la arena
 Contaré, de los mares.—
 Mas tomen otro giro mis cantares.
 ¡Oh Musa! es tiempo ya: tu vuelo enfrena.

A mi pobre barquilla empuja el viento
 De la alabanza; y al cantar mi lira
 De tus progenitores la prudencia
 Y en las lides el bélico ardimiento,
 No empañará ¡oh Corinto! una mentira
 De mis suaves elogios la cadencia.
 Cantaré la excelencia
 De tu Sísifo, astuto
 Y cual un Numen sabio,
 Y pagará tributo
 De admiración mi labio
 A la tierna Medea, salvadora
 De Argo y de sus remeros,
 Que hollando amante los paternos fueros
 Se une á Jasón, á quien su pecho adora.

Delante las altísimas murallas
 De la sagrada Ilión, al Efireo
 Se miró, ya sitiado, ya asaltante,
 La suerte decidir de las batallas.
 El uno en pos del vástago de Atreo
 En arrancar á Helena de su amante
 Empénase arrogante.
 El otro de la bella
 Fiel combate al servicio,
 Y hasta el Griego se estrella
 Al pie de Glauco el Licio,
 Quien de ser heredero se gloria
 Del reino floreciente,
 Y el palacio y ciudad, junto á la fuente
 Pirene, que su padre poseía.

¡Cuántas penas al Príncipe atrevido
 En sus orillas trajo el loco empeño
 De domar al corcel de raudas alas
 De la feroce Górgona nacido,
 Hasta que el freno de oro, en dulce sueño,
 Llevarle se dignó la virgen Palas!
 En sus sagradas salas
 Clama con voz adusta:
 «Belerofonte amado,
 De Eolo prole augusta:
 ¿Tú duermes descuidado?
 Salta del lecho; y ese freno de oro
 Que ahí mágico asoma,
 Lleva á Neptuno, que corceles doma,
 Inmolando en su honor cándido toro.»

Al dormido garzón así parece
 Decir la Virgen del broquel divino.
 Se incorpora veloz; y el milagroso
 Freno, que ante sus ojos aparece,
 Lleva sin dilación al adivino
 De la ciudad; y el hecho portentoso
 Le narra presuroso:
 Su sueño al pie del ara
 Y oráculo sagrado
 De Palas, y la rara
 Visión, en que el dorado
 Instrumento le da la casta Atena,
 Progenie del Tonante,
 A Ceránides cuenta; que al instante
 Lo que el sueño mandó cumplir ordena.

Al Monarca del líquido elemento
 Que circunda la tierra, buey robusto
 Inmola; y obediente al gran Profeta,
 A la ecuestre Minerva (monumento
 De su piedad) erige altar augusto.
 Cuanto está fuera de la humana meta
 La alta virtud sujeta
 De los Dioses; y leve
 Empresa es en su mano
 La que el hombre se atreve
 A acometer en vano.
 Del alado corcel Belerofonte
 En la fogosa boca
 El instrumento celestial coloca
 Que le permite que á Pegaso monte.

Con armadura y acerado alfanje
 Se ejercita sobre él y juguetea.
 Sale de las flecheras Amazonas
 Contra la ruda femenil falange,
 Y con dardos destrísimo pelea,
 Que alto dispara en las aéreas zonas.
 El potro no abandonas
 Sin que tu diestra mate
 A Quimera, que fuego
 Respira, y en combate
 Mortal derribes luégo
 A los Solimos. De tu fin ya no hablo,
 ¡Cabalgador sublime!
 En Olimpo su huella el potro imprime,
 Y entra de Jove en el eterno establo.

De poéticas flechas rauda nube
 He fijado en el blanco; y ya no es justo
 Que errar mis tiros el mortal me vea.
 ¡Oligetidas! De las Musas tuve
 Para alabaros mandamiento augusto.
 Triunfantes en el Istmo y en Nemea,
 ¿Quién habrá que no crea
 El veraz canto y breve
 Que vuestras altas glorias
 A los cielos eleve?
 Sesenta las victorias
 Fuéron, que en uno y otra pregonara
 El heraldo admirado;
 Y ya mi dulce lira ha celebrado
 Las que en Olimpia os dan fama preclara.

De la ínclita familia ya mi Musa
 Nuevas proezas celebrar confía;
 Pero de Dios lo porvenir depende.
 Si el Numen tutelar no le rehusa
 La santa protección del primer día,
 Al dios adusto que la guerra enciende
 Dejad que recomiende,
 Y á Júpiter divino,
 Las fúlgidas guirnaldas
 Que le dará el destino.
 ¡Del Parnaso en las faldas
 Cuántas obtuvo ya! ¡Cuántas en Tebas
 Y Argos ganar le veo!
 En Arcadia, de Júpiter Liceo
 Dará el altar de sus hazañas pruebas.

Su valor atestiguan Siciona,
 Y Pelene, y la espléndida Megara,
 Y de Éaco el santuario allá en Egina.
 Lo proclaman la ilustre Maratona
 Y con Eléusis la ciudad preclara
 Que en el Etna sublime se reclina,
 Y Eubea la marina.
 Recorre á Grecia entera:
 Es tal doquier su gloria,
 Que retenerla espera
 En vano tu memoria.—
 Haz que caminen con ligera planta
 Los nobles vencedores,
 ¡Oh Jove salvador! Dales honores
 Y la felicidad que al hombre encanta.

ODA DÉCIMOCUARTA.

A ASÓPICO DE ORCÓMENO,
 NIÑO, CORREDOR EN EL ESTADIO.

¡Gracias espléndidas, radiantes ninfas,
 Que del Cefiso cabe las linfas
 (Que potros nutren) soléis morar!
 Del alma Orcómeno reinas augustas,
 Y de las Minias playas vetustas:
 Oid mis ruegos y mi cantar.

Por vos dulcísimo todo se torna,
 Y el hombre os debe cuanto lo adorna,
 Virtud, ingenio, gloria, esplendor.
 Los mismos Númenes ni el néctar beben
 Ni á formar danzas jamás se atreven,
 Si de las Gracias no hay el favor.